

LA IZQUIERDA FILO-CHINA EN ITALIA

El extremismo de izquierda en Italia, aunque siempre latente en el plano histórico, tiene orígenes ideológicos bien definidos. En sustancia, aun habiendo sido siempre un filón extremista en la política nacional, sólo recientemente ha encontrado su completa expresión extrínseca, gracias a la controversia ruso-china que estalló en ocasión del vigésimo congreso del partido comunista de la Unión Soviética (PCUS).

El famoso informe de Jruschov sobre el período staliniano, y la nueva visión de la «coexistencia pacífica» por parte de los dirigentes soviéticos, estuvieron en la base de una profunda transformación interna del mundo comunista, y abrieron la vía para una serie de turbaciones que a largo andar provocaron unas fracturas de difícil compostura.

La influencia de este proceso de revisión y adaptación a las situaciones brotadas del XX Congreso del PCUS, por parte de los dos colosos comunistas, no tardó en hacerse sentir también en Italia. No es necesario ser expertos en problemas comunistas para comprender que en una estructura monolítica como la del partido comunista italiano (PCI), los fermentos, los sobresaltos, y las insatisfacciones, incluso todo contenido en límites casi siempre tolerables y confinados hábilmente a los márgenes del aparato, acaban inevitablemente por provocar fracturas más o menos profundas.

Esto es lo que acaeció puntualmente, también en ocasión de la disensión ruso-china, que había provocado conflictos incurables entre los diversos partidos comunistas; sea sobre el plano ideológico como sobre el político. En cuanto concierne a los chinos es evidente que la polémica con los soviéticos fue el pretexto para sacudirse de encima la hegemonía (incluso económica) de Moscú; y para permitir el libre desahogo de las aspiraciones chauvinistas, latentes desde hacía años en las máximas jerarquías chino-comunistas.

Sobre el plano de las actuaciones, a base del choque entre las dos tendencias, había motivos de orden contingente; sobre todo la interpretación

que había que dar a la «coexistencia pacífica». La diversidad de opiniones en el fondo del asunto, valió para acrecentar más aún el clima de tensión; y para abrir de manera irremediable un surco profundo entre Moscú y Pekín. A ensanchar esta línea divisoria contribuyeron otros elementos evidentemente. Para los chinos de hecho, el antistalinismo de los soviéticos, el «revisiónismo», es una actitud en contradicción con los principios del leninismo; mientras que la aspiración a un «socialismo de faz humana» es una concesión pequeña burguesa y reaccionaria.

De cualquier modo, el problema de la «coexistencia pacífica» contribuyó a hacer degenerar la polémica en disputa abierta. En mayo de 1965, Lin Piao hubo de decir palabras extremadamente graves, que sonaron casi como una declaración de guerra contra los revisionistas soviéticos:

«La experiencia histórica de la guerra contra el fascismo, nos enseña entre otras cosas, que el imperialismo es pérfido. En algunas circunstancias es lícito a los países socialistas realizar negociaciones con los países imperialistas, y estipular con ellos determinados acuerdos. Pero en ningún caso los países socialistas deben abandonarse a la ilusión de que tales tratos y tales acuerdos puedan solos proteger la paz del mundo. Por esto, en nuestras relaciones con los imperialistas y los reaccionarios, no debemos hacernos ilusiones sobre las promesas, y no debemos prestar fe a sus bellas palabras... La estructura socialista de nuestra sociedad determina el carácter pacífico de nuestra política exterior. Nosotros no nos oponemos a las negociaciones con los imperialistas, que sean conducidas en el interés del pueblo y de la revolución, para la defensa de la paz mundial; para desenmascarar al enemigo y educar al pueblo; nosotros no rehusamos firmar los acuerdos y los tratados que sean necesarios. Pero mientras nos comportamos así, no debemos olvidar que ningún acuerdo ni tratado puede detener al imperialismo cuando es empujado por la fiebre de la guerra. Cualquiera que sueñe con la esperanza de poder conjurar la guerra mediante acuerdos, está destinado a quedar desilusionado... La experiencia histórica de la guerra contra el nazismo, nos enseña que es absolutamente necesario distinguir entre amigos y enemigos; aprovechar los conflictos internos de los adversarios; ganar la mayoría para la propia causa; y unir todas las fuerzas que puedan ser movilizadas para oponer al enemigo un frente lo más unido y fuerte posible. Los modernos revisionistas, como Jruschov, cambiando al amigo por el enemigo, se unen a los Estados Unidos en una 'coexistencia pacífica' contra las revoluciones populares; en vez de unirse con todas las fuerzas anti-norteamericanas, y aprovechar así los

defectos y los conflictos que existen en el campo imperialista, para constituir un frente unido anti-norteamericano... *Nosotros expresamos nuestra confianza en el gran pueblo soviético* y creemos en la posibilidad de unirnos sobre la base del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario; y de combatir flanqueados contra nuestro enemigo común, el imperialismo de los Estados Unidos; para avanzar así juntos con los pueblos de todo el mundo, hasta la victoria sobre la guerra de agresión, y hasta una época de paz durable para toda la humanidad».

Este fragmento de prosa revolucionaria puede ser considerado como el elemento determinante en la historia del nacimiento de un movimiento chino-comunista organizado, en concurrencia con el movimiento comunista filsoviético. A las afirmaciones de Lin Piao se refieren los exponentes filo-chinos de todo el mundo, cuando quieren justificar sus posiciones de crítica intransigente respecto a los «revisionistas». Indirectamente sobre las actitudes intransigentes de Pekín se rehacen también los grupos que pueden ser considerados filo-chinos; como por ejemplo el de «*El manifiesto*», recientemente puesto fuera de la Ley por las jerarquías del partido comunista italiano.

En cuanto a los movimientos de estrecha observación filo-china, incluso rehaciéndose en la *praxis* política y en las formas de lucha, a la experiencia china, antes de llegar a la fase de la articulación sobre el plano de las actuaciones, han tratado de realizar experiencias precedentes de estudio y de labor, dando vida a los denominados «colectivos». Para estos grupos subsistía o subsiste aún el problema de revisar y adaptar el marxismo a la luz de los desarrollos y de las situaciones que ha engendrado el capitalismo.

Su función ha sido, en la curva del movimiento revolucionario, bastante importante, puesto que han sido las primeras manifestaciones de impaciencia y hasta de desobediencia, frente al coloso soviético y a la doctrina moscovita. En efecto, en esta primera fase, la discrepancia se desarrolló sobre todo a nivel ideológico, para pasar más tarde al nivel de la «rebelión» organizada.

El colectivo de estudio que fundó los *Cuadernos rojos* dio comienzo a un tipo de trabajo que tendía a ligar las diversas manifestaciones de impaciencia engendrada en la clase obrera, por la obra de instigación de los grupos extremistas. Sobre la pauta de los *Cuadernos rojos* se movieron más tarde los grupos del *Poder obrero*. Con perspectivas anarco-sindicalistas y con una visión muy delimitada y de enfoque económico de los problemas, los grupos aunque transportando la lucha sobre el terreno de la violencia callejera, no consiguieron superar las fases de espontaneidad a la cual se habían aferrado; recha-

zando el concepto del partido centralizado y absorbente. Ellos partían del concepto de que el partido organizado no es la primera fase de la acción. Al contrario, es necesario partir de un empeño espontáneo; para llegar después, en una fase sucesiva y concluyendo el ciclo completo, a la organización centralizada.

Los grupos de *Poder obrero*, más que de inspiración maoísta, eran de base anárquica; y como tales rechazaban la total vinculación con los filo-chinos. Pero después del mes de mayo francés, después de la derrota del espontaneísmo, ellos acabaron por confluír casi enteramente en los partidos de extrema izquierda que hacen de la organización una condición *sine qua non*. En sustancia, comprobada la frustración de sus tesis, volvieron a emprender el camino de Canossa, y, por tanto, del centralismo burocrático.

Con el aumento de la fractura entre chinos y soviéticos, a nivel internacional, la discordia entre los bordes extremistas y el aparato central del partido comunista italiano PCI, asumió formas violentas, también en Italia. El conflicto chino-soviético tuvo consecuencias concretas hasta sobre el desarrollo del movimiento maoísta en Italia; y sobre la germinación de pequeños grupos anarquizantes, tales como el movimiento estudiantil y las diversas organizaciones de base extremista.

Así nació el denominado partido comunista de Italia (marxista-leninista); fundado por un grupo de intelectuales salidos del PCI, del cual no compartían la estrategia ni la táctica política. En una fase interlocutoria el PC de I (m-1) hizo una recluta en el movimiento estudiantil, que después del período marcado y las luchas salvajes en la universidad, buscaba la conexión con las masas, único modo para escapar al proceso de disolución que lo minaba. Pero el mismo PC de I (m-1) demostró bien presto que aún estaba en un nivel intelectual directamente en contraste con los principios que propugnaba. Una fracción se salió del partido al que acusaba de «populismo y burocratismo», y dio vida a la Unión de Comunistas Italianos (m-1), cuyo programa ha sido expuesto en *Servir al pueblo*, órgano de la unión. La UCI (m-1) practicando la «línea de masa», difunde y afirma en la práctica «las ideas justas, los ideales del comunismo. Todos los militantes, todos los camaradas, deben hacer vivir los principios proletarios con su trabajo entre las masas. Sobre la base del pensamiento del presidente Mao, las grandes masas populares serán capaces de destruir las ideas burguesas y revisionistas; de criticar hasta el fondo el viejo mundo, y de construir en el acto mismo de la sociedad capitalista, la sociedad socialista».

Aparte cada afirmación demagógica (característica, ésta, de todos los movimientos de izquierda, y de modo especial de los grupos filo-chinos) no existía y no existe ninguna diferencia sustancial entre los dos grupos. De esta cosa se han dado cuenta hasta los escasos adheridos, que en la fase inicial habían participado con cierto interés a la acción del partido y de la unión. Hoy los dos grupos corren el riesgo de perder incluso los escasos engranajes que habían logrado crear en las fábricas, durante la oleada de la confusión engendrada por el «otoño cálido».

Los grupos filo-chinos inmediatamente después de la fundación, han tratado de dirigir su acción hacia dos sectores: el mundo obrero y el estudiantil. En pocas palabras, han tratado de aprovechar e instrumentar una serie de situaciones surgidas de fenómenos completamente fuera de su alcance; utilizando los desórdenes, las violencias y la anarquía engendradas por las huelgas en el mundo del trabajo y en el universitario, para fines utilitarios. En pocas palabras, han tratado de asumir el papel de un tábano, en una situación que era poco dramática. Y así, las afirmaciones del mundo obrero y estudiantil, las violencias ciegas, los desórdenes provocados inconsideradamente, todo esto se ha convertido en una «victoria del marxismo-leninismo», o sea, de los grupos filo-chinos.

El hecho mismo de que los maoístas hayan tratado de infiltrarse en la situación de crisis, llegada a existir en las calles del país, sirve para demostrar que ellos ante todo se han dado cuenta de su escasa capacidad organizadora, y de la imposibilidad de alcanzar por sí solos, niveles y metas consistentes. En cuanto concierne a los temas ideológicos de fondo, tanto en el partido como en la unión (y los derivados de un proceso amiboidal de disgregación, que caracteriza todas estas iniciativas) se refieren a los principios de la susodicha «revolución cultural» aferrados a los famosos «dieciséis puntos», aprobados por el comité central del Partido comunista chino el 8 de agosto de 1966.

Los «16 puntos» son importantes para comprender las razones de fondo de la acción revolucionaria que ha superado las fronteras de la China comunista para desbordar como un mar de odio sobre todo el mundo civilizado. Pero aún más importante es el «preámbulo», aprobado por el mismo Comité-Central, y en base al cual «la clave para una segunda realización de la gran Revolución Cultural, consiste en tener confianza en las masas, en apoyarse en ellas; en movilizarlas completamente y respetar su iniciativa. La línea *venir de las masas e ir a las masas* debe ser por eso seguida con inquebrantable firmeza. Se debe ante todo ser alumnos de las masas antes de llegar a ser los

maestros. Se debe impedir que cualquiera se ponga como burócrata y como patrón por encima de las masas y las trate a baquetazos».

Además de la demagogia, motivo típico e intermitente de la propaganda chino-comunista, en estas frases resalta también la táctica que los chinos se proponen seguir; instrumentar hasta el máximo la opinión pública; excitándola, exaltándola y utilizándola para las finalidades de un restringido grupo de poder. Pero si esta táctica es válida para China comunista, donde el poder está sólidamente en las manos de un grupo dirigente bastante compacto, no lo es de ningún modo en los otros países, donde los filo-chinos se ponen en posiciones de rotura en confrontación de todo sistema; donde representan una minoría pendenciera y descalificada; apretada entre la mordaza de la indiferencia de la opinión pública razonable, y el odio de los comunistas de obediencia moscovita.

Otro aspecto negativo de la acción filo-china es el excesivo cerebralismo de la lucha que sus grupos conducen. La separación de la realidad es un hecho evidente, el cual impide una efectiva utilización del material humano que por fanatismo o excesiva sensibilidad se aproxima a las posiciones filo-chinas.

¿Cuáles son los «16 puntos» sobre los cuales se clava o atornilla la acción política de los grupos filo-chinos de todo el mundo? ¿Cuál es el «Verbo» en el cual se inspiran los disputadores de extrema izquierda en nombre de Mao? Los analizaremos brevemente:

1. Una nueva etapa de la revolución socialista.
2. Papel de las masas, y desbandadas eventuales.
3. La cosa más importante es atreverse a movilizar audazmente a las masas.
4. Dejar que las masas se eduquen a ellas mismas en este movimiento.
5. Poner decididamente en marcha las líneas de clases del partido.
6. Justo trato en los litigios y las divergencias del pueblo.
7. Estar en guardia contra aquellos que acusan a las masas de ser contrarrevolucionarias.
8. La cuestión de los cuadros del partido.
9. Grupos, comités y congresos de la Revolución Cultural.
10. Reformas de la enseñanza.
11. La cuestión de la crítica nominal de la Prensa.
12. Acción política respecto a los científicos y los técnicos.

13. La cuestión de la educación socialista en las ciudades y las campiñas.
14. Tener en el puño la revolución, para incrementar la producción.
15. Las fuerzas armadas.
16. Las doctrinas de Mao constituyen las directivas a seguir en la acción para la Revolución Cultural.

De un examen, aunque sea conciso, de estos conceptos, aparece claro que el fallo de la revolución cultural como mercancía de exportación y como instrumento de penetración en los países no comunistas, se deriva del hecho de que los dirigentes chinos, en su énfasis no han comprendido que aquello que iba bien para China comunista, aquello que podía ser aceptado inconsideradamente por un pueblo envilecido y reducido a esclavitud, no podía ciertamente ser impuesto a naciones social y económicamente mucho más evolucionadas, y, por tanto, en capacidad de expresar un juicio de mérito sobre la doctrina de Mao.

El único camino que los filo-chinos en el momento de la disidencia Moscú-Pekín, tenían que recorrer era el de la lucha desde el interior. O sea, ellos podían utilizar la *praxis* política como instrumento de lucha (sobre todo en lo interno de los partidos de matriz revolucionaria), aunque declarasen actuar sobre posiciones «reformistas». Pero la lucha, repetimos debería ser dirigida en el interior, no en el exterior, y con la creación de nuevos partidos. Sobre todo si se considera que todas las tentativas realizadas en tal sentido se han resuelto en auténticos fracasos; gracias al verbalismo inútil que ha caracterizado la acción de los movimientos filo-chinos, empeñados en operaciones teóricas sin contactos con la realidad.

Para dar vida a un movimiento revolucionario, si es verdad que es necesario un partido organizado y de base extremista, es también cierto que hace falta un exacto análisis de las fuerzas productivas de la sociedad en la cual se quiere obrar. La contraposición sobre la cual se reedifican los grupos revolucionarios (burguesía-proletariado) ya no tiene el aspecto que tenía en la sociedad de la segunda parte del ochocientos y la primera del novecientos. La sociedad liberal ha desarrollado situaciones psicológicas y económicas a un nivel capaz de aplastar al marxismo romántico y sectario, como es en efecto el chino. Sobre todo para requerir una reelaboración de la doctrina marxista, especialmente en cuanto concierne a los aspectos que asumen las contradicciones del comunismo internacional.

Sin el análisis de la sociedad, que comporta una visión orgánica de los problemas a afrontar según las tesis de Lenin, es imposible dar vida a un movimiento revolucionario unitario.

Los dirigentes chinos no se han dado cuenta de estas presuposiciones esenciales, y han continuado caminando sobre la vía de los lugares comunes de los absurdos dialécticos, acaso buenos para un pueblo sometido y fanatizado como es el chino, pero no ciertamente para naciones mucho más evolucionadas.

Afirma Yao-Wen-Yuan, en la *Revista de Filosofía* de enero de 1966: «La revolución proletaria se distingue de todas las otras revoluciones del pasado, que han derribado un régimen explotador, para hacerlo seguir por otro régimen explotador. La revolución proletaria quiere, en vez de eso eliminar las raíces de toda explotación; y así la mismísima sociedad clasista... La tesis según la cual las concepciones morales tendrían su origen en otras concepciones morales, es más bien absurda. Hasta la moral burguesa no fue una derivación de la moral de los latifundistas feudales, aunque haya heredado de ella el principio de basar la propia felicidad sobre el sufrimiento de los otros. Por ejemplo, los dos conceptos burgueses de libertad e igualdad provienen como categorías políticas, de la rebelión contra los privilegios y el dominio de la aristocracia feudal, y de rechazar el concepto de superioridad natural. Pero al mismo tiempo aquellos conceptos constituyen la expresión ideológica de un comportamiento que corresponde al libre comercio y al intercambio de mercancías de igual valor. En otras palabras; la moral burguesa ha surgido de la situación creada por la producción capitalista. La moral comunista, instrumento al servicio de la revolución proletaria, no puede surgir de la moral de los latifundistas y de la burguesía. Sólo puede surgir de los intereses de la lucha de clases del proletariado».

Sobre la base de semejantes absurdos, la clase directiva china ha creado una estructura, en la cual puede enjaular los cerebros y las voluntades de los ciudadanos de la República Popular China. Pero cuando semejante mercancía, del todo autárquica, ha comenzado a ser exportada ha comenzado a fallar. O sea, si la mercancía doctrinal no era apoyada por ayudas sustanciales y concretas (como armas, productos industriales, etc.) perdía forma y capacidad de penetración.

En Italia ha acontecido exactamente esto. El movimiento filo-chino que al principio era expresión de entusiasmos casi fanáticos, ha acabado poco a

poco por aparecer siempre más como lo que es efectivamente: una franja desarraigada de la realidad del mundo comunista. El cual se quiera o no, es controlado por el único instrumento capacitado para desenvolver un papel determinante y determinado en la extrema izquierda: el PCI.

La gradual absorción por parte de los sindicatos y los partidos de extrema izquierda, de la disidencia filo-china, incluso de la más avanzada, viene precisamente a indicar el fracaso de la táctica y de la estrategia de los grupos extraparlamentarios.

Estos grupos, una vez frustrada la primera fase, la estructural que ha visto la proliferación de tantos micro-organismos, han tratado de engancharse en una segunda fase: la de la inserción en la lucha desencadenada sobre las plazas, en las fábricas y en la universidad; asumiendo un papel determinante, al menos con fines propagandísticos. La mescolanza con los grupos estudiantiles ha dado escasos resultados, incluso porque éstos desde los comienzos en la fase del otoño cálido, para evitar la completa fagocitosis, han buscado tomar nuevos caminos de batir pistas originales, solicitando el encuentro con los obreros sobre el plano de la lucha.

En este proceso de mescolanzas y de resquebrajaduras, el movimiento filo-chino ha mostrado toda su poquedad. A pesar de los mensajes de aliento de Mao, y de la vecindad de Albania, con las consecuencias anejas y en conexión, el maoísmo ha visto reducir cotidianamente sus ya limitadas filas. Las actuales únicas manifestaciones de extremismos filo-chinos son algunas hojas de salida cada vez más irregular y de lenguaje más astral; y algunos fragmentos sin peso y sin consistencia.

En sustancia, al menos en cuanto concierne en Italia al movimiento filo-chino, según los principios y las técnicas de la revolución cultural, ha demostrado ampliamente haber pasado su tiempo. El inquieto agitarse de algunas franjas extremistas, anarcoides y leninistas, es un fenómeno que, aunque sea también indirectamente de extracción filo-china, hunde sus raíces en situaciones contingentes, más que en un substrato doctrinal bien definido.

FRANCESCO LEONI.

(Traducción de Rodolfo Gil Benumeya.).

